

Ottmar Ette/Gesine Müller

**A modo de introducción:
Caleidoscopios coloniales del Caribe**

¿No se anticipan en el Caribe del siglo XIX fenómenos y procesos de los que hemos cobrado conciencia tan sólo en la actualidad? La mirada al universo caleidoscópico del Caribe en aquella época nos permite tener una visión totalmente nueva de los procesos tempranos de la globalización. Discursos sobre las razas, modelos establecidos de los abolicionistas “blancos”, políticas de la memoria y el hasta entonces apenas percibido papel de la Revolución en Haití, se conjugan para crear una amalgama que pone en entredicho todo nuestro concepto actual de una modernidad genuinamente occidental.

Migración, circulación e interconexión entre los más disímiles espacios geográficos, pero también a falta de orientación y arraigo se consideran características esenciales de nuestras sociedades contemporáneas. Estos fenómenos de desterritorialización ya pueden observarse justamente en el universo insular del Caribe durante el siglo XIX, donde, por ejemplo, los piratas y los tratantes de esclavos navegaban de un lado a otro entre imperios y continentes, donde los escritores huían de un exilio al otro o donde las empacadoras analfabetas cumplían la función de portadoras de noticias entre esos mundos. Y es precisamente esto lo que hace del Caribe en el siglo XIX un punto de partida fascinante para el estudio de los puntos de ruptura (culturales) de los sistemas coloniales, los cuales, a fin de cuentas, desembocan en la emancipación cultural (y política).

El presente volumen reúne los trabajos presentados en la conferencia “Caleidoscopios coloniales. Transferencias culturales en el Caribe del siglo XIX”, celebrada entre los días 9 y 11 de julio de 2009 en la Casa de las Culturas del Mundo, en Berlín. Esta conferencia se ocupó de las colonias caribeñas de Francia y España y de sus culturas, las cuales se forman en ciertos procesos de transferencia y circulación bastante complejos y dinámicos, tanto en un nivel intracaribeño, como en intercambios extracaribeños.

El universo insular del Caribe del siglo XIX puede interpretarse como un caleidoscopio de caleidoscopios. En ese caleidoscopio de estructuras y dinámicas coloniales se sintetizan las experiencias coloniales en el perímetro de acción de los más disímiles sistemas hegemónicos y periféricos, los cuales, a su vez, proporcionan motivos para el rechazo y la delimitación, para el intercambio y la confrontación. El planteamiento innovador de esta conferencia consistió en centrar su atención, partiendo del propio Caribe, en los flujos hacia esa región y, desde ella, en una fase colonial particularmente interesante y, al mismo tiempo, poco estudiada (1789-1886) que va desde la Revolución francesa –con la proclamación de los Derechos Humanos y su inmediata repercusión en los acontecimientos revolucionarios de Haití–, hasta la abolición de la esclavitud en Cuba (1880-1886). En este periodo de tiempo se condensa la experiencia entre la dependencia y la independencia. Deseamos mantener a la vista el proceso de la *longue durée*: las estructuras de efecto a largo plazo y los actos temporales de corto plazo deben analizarse interrelacionadamente.

El foco de nuestra atención no estuvo dirigido, por lo tanto, a la comparación de estructuras estáticas, sino a aquellos procesos de transferencia y circulación que, tal vez a primera vista, parecen tener un discurrir paralelo en sus dinámicas distintas, pero que se entrelazan de un modo bastante complejo. De ese modo, debíamos atender al Caribe del siglo XIX en su intercambio cultural y político prestando atención a las siguientes relaciones transareales: las relaciones intracaribeñas como las que conectan Europa, África, las Américas y Asia.

En lo que atañe a la hegemónica y colonizadora Europa, las relaciones y las influencias son más que obvias: todas las colonias mantenían una estrecha relación con su Madre Patria. Esto tiende a complicarse en el caso del Caribe hispanohablante, para el que el centro colonial, España, fue perdiendo considerablemente su fuerza de irradiación debido a su debilidad cultural. De ello se deriva una apertura a otras múltiples influencias y modelos culturales que no sólo provocaron desorientación en las colonias españolas, sino que también, al mismo tiempo, lastraron en no poca medida la producción cultural. Es precisamente esta “multirrelacionalidad productiva” la que nos hace plantearnos la pregunta acerca de los efectos retroactivos de esas manifestaciones culturales en las metrópolis europeas.

Del intercambio con la América del Norte forman parte los procesos de transferencia con los jóvenes Estados Unidos, aún apenas estudiados. Por supuesto que hacia finales del siglo, este país empieza a desempeñar, en medida creciente, el papel de colonizador, tanto desde el punto de vista económico como militar y político. Primeramente, se trata, en el caso del vecino del norte, de colonias que se han liberado de la dependencia y que, por tal razón, son consideradas como modelos, por lo menos allí donde la cuestión de la independencia aparece en el horizonte de los actores. A todo ello se añade una cuestión fundamental en el caso de Estados Unidos, el tema de la esclavitud, el cual desembocaría en la guerra civil y mostraría ciertas perspectivas opuestas, con sus respectivos atractivos asociados a grupos específicos, para las clases altas y bajas del Caribe. ¿Se tiene en cuenta la Revolución americana como un modelo para las islas del Caribe? Si es así, ¿qué importancia tiene la cuestión de la esclavitud, su relegación durante la Revolución y su papel en el creciente conflicto entre los estados del norte y del sur? ¿Es la literatura estadounidense (en su condición de literatura postcolonial), en su búsqueda de nuevas formas de expresión así como en su esfuerzo por deslindarse de la literatura inglesa, una fuente de inspiración para los autores del Caribe?

De forma parecida a como ocurre con Estados Unidos, se perfilan también los procesos de transferencia en relación con las naciones latinoamericanas colindantes en América Central y en el sur del continente, si bien esto tiene lugar de un modo más debilitado y menos ambivalente. En estos países, los autores hispano-caribeños no necesitaban traducción (o recepción interlingual). Además, era posible incluso un intercambio directo de los creadores de cultura de dichos países, sobre todo si se tiene en cuenta que una larga lista de autores caribeños encontró su lugar de exilio en el continente. ¿Acaso el intercambio cultural con el subcontinente, intercambio que tiene lugar dentro de una misma lengua, llega a ocupar ese vacío que ha dejado tras de sí la Madre Patria?

Mientras que en los casos mencionados, y a pesar de la asimetría, hay que partir de que esos procesos de transferencia tuvieron lugar en ambas direcciones, en el caso del intercambio con África, el cual tal vez tenga mayor importancia cultural para la población negra allí esclavizada y trasladada luego al Caribe, se trata de un intercambio, en esencia, unidireccional. La influencia de las culturas africanas desem-

peña un enorme papel. Estas culturas, así como sus portadores, realizan en el nuevo y heterogéneo entorno complejos procesos de transferencia cuya contribución a la producción de la alta cultura puede elucidarse en el siglo XIX.

En el caso de los procesos de transferencia dentro del espacio del Caribe podremos partir del hecho de que éstos –por muy difíciles que fueran debido a las limitadas redes de comunicación– son los que alcanzan el mayor grado de simetría. ¿Cómo se diseñó este intercambio intracaribeño, tanto entre las islas del archipiélago con la misma lengua o aquellas con lenguas diferentes, como entre las dos partes del antiguo Santo Domingo, con un perfil tan distinto desde los puntos de vista colonial, político y cultural, entre Haití y la República Dominicana, ocupada por ese país durante veintidós años? Sólo en el caso de este intercambio intracaribeño, estrechamente relacionado con la red de relaciones externas coloniales y colaterales, se pone de manifiesto plenamente la multidimensionalidad caleidoscópica de las dinámicas coloniales.

Si bien la división del contenido de este volumen se ha realizado a partir de áreas geográficas, ello no tiene como intención reproducir aquellos límites estáticos establecidos, sino centrar nuestra mirada, de manera encauzada, en los distintos centros coloniales existentes en el Caribe, en los cuales se entrecruzan estos procesos de transferencia tan extremadamente heterogéneos. La división de este volumen hubiese podido hacerse también de un modo distinto. *Caleidoscopios coloniales* es también un intento de mostrar una especie de tipología de los procesos de transferencia. Algunos ensayos se concentran en sus *portadores*, como los piratas, los escritores exiliados o los refugiados; otros centran su interés en *medios* como la prensa, el teatro o la pintura. Algunos, a su vez, fijan su mirada en transferencias de modelos sociales y se preguntan, por ejemplo, qué modelos de trabajo fueron transferidos antes y después de la abolición y desde dónde. No se trata, en estos casos, de establecer un ámbito nacional o transnacional de modelos culturales en competencia, sino de la manera en que los actores manejan esos modelos en sus respectivas situaciones.

Un tema también presente es la cuestión de la transferencia de teorías: ¿en qué medida el Caribe funciona como un lugar privilegiado de producción de teorías? ¿Qué caminos tuvieron que recorrer esas teorías que parten de una región o que tienen como objeto, ya sea como

objeto concreto de estudio o como un ejemplo en la formación de paradigmas universales?

Algo que es común a la mayoría de los artículos es que no han partido de unidades y categorías fijadas de manera apriorística, sino de problemas y cuestionamientos que sólo se pueden delimitar con mayor exactitud en el transcurso del análisis y que están sujetos a los correspondientes desarrollos. En el foco de atención se encuentran objetos concretos, pero también los procesos que condujeron a ellos. El propósito es evitar modelos ya dados o construcciones definidas globalmente. Hemos querido prestar una mayor atención a la restricción de los niveles de investigación y a su condicionamiento recíproco. Cuando esa atención se centra en el punto de confluencias de las islas del Caribe, ésta, a primera vista, resulta la mayoría de las veces engañosa, debido a la impresión de simetría creada por el entrecruzamiento de las perspectivas. Cuanto más se acerca una observación a los contextos históricos, tanto más claramente se ponen de manifiesto las asimetrías. Precisamente en ello radica, sin embargo, la solidez del principio del entrelazamiento.

Nuestro volumen empieza con “Le monde transarchipélien de la Caraïbe coloniale” de **Ottmar Ette**, que trata de construir los paisajes teóricos del volumen. Él defiende una nueva apertura conceptual de los estudios sobre el Caribe, una apertura que vaya más allá del Atlántico y busque una integración de los archipiélagos del Pacífico en las investigaciones de los procesos de transferencia hemisféricos en el siglo XIX. La percepción de las islas del Caribe tomó su curso, desde los comienzos, como una ficción insular transarchipiélica, en la medida en que Colón, partiendo de Marco Polo, se inventó a América como Asia. Sólo el cubano José Martí y el filipino José Rizal habían conseguido, hacia finales del siglo XIX, destruir la ficción del caleidoscopio colonial, dominante desde tiempos de Marco Polo, al tiempo que entendían sus archipiélagos como mundos translocales, en cuyos torbellinos desaparecerían los sistemas coloniales. Ette describe el archipiélago caribeño como un mundo fractal que comparte una “diversidad translocalizada y local” con otras zonas archipiélicas, incluidas las islas griegas, de productos de consumo tropical. Por eso sería recomendable dinamizar el Caribe de un modo más radical en el contexto global y entenderlo en forma de modelos vectoriales.

En el primer capítulo que se dedica a Cuba dentro del caleidoscopio caribeño,¹ **Roberto González Echevarría** se ocupa, en primer lugar, del tema “Fiestas y el origen de la nación cubana: *Francisco*, de Anselmo Suárez y Romero”, donde aborda el papel subversivo de la fiesta, sobre todo del calendario litúrgico católico y de las danzas de los esclavos de las plantaciones, en uno de los textos fundacionales de la literatura cubana, en el camino de la emancipación de la Madre Patria española. Allí, la *fiesta* se convierte en una alegoría de la nación cubana naciente, con todas las fuerzas que se oponen a ella. Una descripción muy convincente la encontramos en el papel, privilegiado en Cuba, del costumbrismo, entendido éste como un “método de aproximación nacional”.

Janett Reinstädler nos habla de los movimientos transnacionales en el ámbito del Caribe. Bajo el título “El gran teatro del Nuevo Mundo: Artes escénicas, viajes y viajeros en el Caribe decimonónico”, la autora aborda el tema de la hasta ahora apenas estudiada influencia de los grupos teatrales europeos en las islas del Caribe. Desde finales del siglo XVIII, numerosas compañías cruzaron el Atlántico para realizar giras de carácter teatral. Lo que comenzó siendo un vehículo de expresión cultural de las metrópolis culturales europeas, cuyo objetivo era fortalecer la añoranza por el centro de las élites locales, evolucionó rápidamente hacia una cultura teatral propia de las periferias, en la cual se negociaban, en los escenarios del Nuevo Mundo, los más disímiles modelos estético-políticos europeos de proveniencia americana, africana o asiática.

Ana Mateos emprende, con el título “Dialéctica para una voz propia en *Cecilia Valdés*”, el estudio de las posibles transferencias de modelos literarios en la obra de Cirilo Villaverde. En el prólogo de 1879, el autor menciona modelos europeos de novela histórica como los parámetros en los que se va a mover su novela, mostrando, lo que parece ser, en principio, un deseo de inscribirse en esa tradición. Muchos críticos han intentado comprender cómo la novela de Villaverde se inscribe en ese género, y a la vez justificar las importantes divergencias que se dan. En este artículo se defiende que el autor cubano no

1 Para la descripción de los artículos individuales véase también Johanna Abel (2009): “Tagungsbericht zur Konferenz: Koloniale Kaleidoskop Karibik. Eine Inselwelt im Fokus kultureller Transferprozesse im 19. Jahrhundert” (9-11 de julio, Berlín). En: *RZLG*, 33, pp. 471-479.

pretende ajustarse a este modelo de la novela histórica sino reclamar autoridad cultural para narrar su propia historia, aunque desde la perspectiva del criollo blanco. Así, en un movimiento dialéctico, dice situarse en un paradigma narrativo europeo, para entonces poder mostrar las limitaciones que tiene este esquema europeo a la hora de narrar el complejo contexto histórico de la sociedad habanera de la década de 1830, marcado por una fuerte censura colonial, la figura dictatorial de los capitanes generales, y la segregación racial.

Liliana Gómez, en su trabajo “El discurso colonial en la iconografía cubana: Paisaje, urbanización y narrativas de lo rural del siglo XIX”, nos ilustra cómo los artistas españoles y franceses asumieron la representación gráfica de Cuba y establecieron de ese modo la pintura cubana como un dispositivo de control colonial, el cual, gracias a la rápida reproductividad de la litografía, tenía un alcance mayor que la literatura. Los tres temas principales del análisis son la ciudad, el ferrocarril y las plantaciones azucareras, las cuales representaban el progreso industrial de la isla.

El capítulo “Guadalupe/Martinica” comienza con un trabajo de **Marcel Dorigny** sobre el tránsito del trabajo esclavo al trabajo asalariado en Haití. Bajo el título “Quelle liberté du travail après l’abolition de l’esclavage. Les règlements de culture à Saint-Domingue et Haïti de 1793 aux années 1840, ou l’impossible transfert des schémas agraires coloniaux dans le contexte de la ‘Liberté générale’”, nos presenta cómo la nueva libertad laboral, tras la abolición de la esclavitud, era una burla a las aspiraciones liberales, ya que muy pronto fue preciso introducir el delito de reticencia al trabajo o vagabundeo. El sistema colonial agrario se siguió llevando adelante de la misma forma, sin que las condiciones de trabajo de los antiguos esclavos mejoraran de forma manifiesta.

Nelly Schmidt se ocupa, en su artículo “Les luttes contre l’esclavage dans les Caraïbes françaises au XIX^e siècle: implications des esclaves, engagements abolitionnistes et contraintes de la politique coloniale”, de las consecuencias de la resistencia de los esclavos a favor de la abolición de la esclavitud en Guadalupe y Martinica antes de 1848. El papel decisivo que desempeñaron las sublevaciones de esclavos y las tensiones sociales como efectos de la continua estrategia de supervivencia de los propios esclavos durante la abolición, no fue reconocida por los que se oponían a la esclavitud. En su análisis,

Schmidt nos muestra cómo la desatención de este fenómeno y la tradición del conocimiento sobre el abolicionismo estaban en el centro de un “empeño por canalizar la memoria colectiva”.

En su ensayo “La liberté assassinée. Guadeloupe, Martinique, Guyane entre 1848 et 1856: une phase de transition, de l’esclavage au travail libre”, **Oruno D. Lara** se ocupa de la cuestión de cómo se diseñó la reestructuración de la sociedad en las colonias francesas tras la abolición de la esclavitud. Este autor también se ocupa de la cuestión de cómo los negros libres, los llamados *nouveaux libres* o *nouveaux citoyens*, se vieron confrontados con la administración colonial. Con la inmigración procedente de la India y de China se produce la llamada *segunda esclavitud*, que es analizada desde un punto de vista multidimensional.

Caroline Oudin-Bastide analiza en “Sévices contre les esclaves et impunité des maîtres (Guadeloupe et Martinique, XVII^e-XIX^e siècles)” distintas formas de uso de la violencia en las sociedades esclavistas del Caribe francés, las cuales ilustra con fragmentos tomados del documental *Espoir, vertu d’esclave* (2008), una coproducción con Philippe Labrune para el canal ARTE. Con un sugestivo detallismo de naturalezas muertas y escenarios sonoros que evita mostrar cualquier representación voyeurista del uso de la violencia sobre seres humanos, ofrece un marco apropiado para este tema tabú. Mientras Oudin-Bastide, por un lado, establece una diferencia entre violencia de estimulación contra los esclavos y violencia punitiva, por el otro, analiza a fondo la cuestión sobre el por qué se llegó a esa excesiva proliferación de la violencia punitiva contra los esclavos, algo que caracteriza como la “pasión por la violencia” de los esclavistas. Nos documenta sobre cómo esa “pasión de dominación” de los amos, junto con su simultánea impunidad a la hora de castigar, es un elemento constituyente del sistema esclavista y nos muestra, además, cómo los círculos abolicionistas trataron estos abusos.

El artículo de **James Arnold**, que lleva por título “Corsaires, Aventuriers, Flibustiers et Pirates: Identité Régionale à la Frontière de l’Empire Espagnol dans la Caraïbe”, nos describe cómo las potencias coloniales del norte de Europa, especialmente en el siglo XVII de emplearon de un modo sistemático a los piratas como estrategias militares y agentes económicos, a fin de imponer sus intereses comerciales en el Caribe y en el golfo de México, en contra de la Corona española. La

instrumentalización política y la puesta en escena cultural de los corsarios en la literatura, es un tema al que Arnold sigue la pista hasta los comienzos del siglo XIX. Poco después de la Revolución de Haití, hacia 1810, los hermanos Laffite, franceses, desempeñaron un papel legendario en el ámbito circuncaribeño ubicado entre la Luisiana, Texas y México. En general, forma parte de un fenómeno histórico el hecho de que los piratas pocas veces consiguieron entrar en los discursos nacionales de la memoria, sino que han sido representados sólo de un modo marginal en la memoria regional.

El capítulo que se dedica a procesos de transferencias desde, hacia y sobre Haití comienza con el artículo de **Chris Bongie** sobre “Politique, Mémoire, Littérature: L’‘Universalité fractionniste’ d’Haïti au XIX^e siècle”. En su estimulante ensayo, este autor critica el llamado *Haitian Turn* de los estudios postcoloniales, algo visible desde el año 2004, y que, en parte, responde a una corriente de la teoría postcolonial que diluye importantes diferenciaciones entre los acontecimientos políticos y las manifestaciones culturales. Siguiendo las reflexiones de su más reciente publicación, *Friends & Enemies. The Scribal Politics of Post/Colonial Literature* (2008), el autor somete al campo de los estudios postcoloniales a un análisis discursivo y clasifica a destacados representantes de estos estudios en una “*continuum* universal del postcolonialismo” dividido entre “políticamente radicales-concretos” y “liberal-culturalistas”. Sobre el tema de la política de la memoria, Bongie constata una distorsión de la imagen de Haití, en la que las consecuencias de la Revolución de Haití quedan opacadas a menudo debido a la división racial entre un “reino negro”, situado al norte, y una “República Madre”, en el sur. Según Bongie, esa lógica de división política y universal en amigos y enemigos “resta fuerzas” a la importancia de la Revolución haitiana para la historia mundial, y con ello el autor se posiciona contra toda esa generalizada euforia por Haití. También en la última parte de su artículo, acerca de las políticas de escritura de Maryse Condé y de Édouard Glissant, Bongie critica la tendencia de los estudios literarios postcoloniales a estilizar a los autores caribeños como “escritores casi mágicos”, aunque siempre fueron una suerte de escritores de la corte (escribas) involucrados en la política.

En el siguiente ensayo, “Saint-Domingue/Haití – Santo Domingo: proyectos de una isla/nación *une et indivisible*”, **Frauke Gewecke** se ocupa de las distintas ocupaciones haitianas de Santo Domingo en el periodo que va desde 1795 hasta 1865, las cuales, después de la Revolución, condujeron repetidas veces a la reunificación temporal de la isla. La autora nos describe cómo las oportunidades de fundar una nación transcultural, formada por el oeste revolucionario y el este hispano-dominicano, según el ideal de Toussaint de una *île une et indivisible*, fracasan en medio de los conflictos de interés hegemónicos de potencias como Francia, España e Inglaterra. Las transferencias entre la parte francófona y la parte hispanófono son valoradas como extremadamente conflictivas y agresivas a la vista del marcado antihaitianismo dominicano, el cual oscilaba, en el siglo XIX, entre el proteccionismo europeo y el anexionismo estadounidense. Con ello se minó a menudo el potencial dinámico de otras posibilidades que, históricamente, y de distintos modos, dieron su carácter a la realidad de la isla en su totalidad.

Consuelo Naranjo Orovio nos muestra, qué reacciones de miedo desataron la Revolución de Haití y sus radicales transformaciones en la vecina isla de Cuba. En su ensayo “Los rostros del miedo: el rumor de Haití en Cuba (siglo XIX)”, Naranjo se remite al “fantasma de la barbarie” que alimentaron, como mito del miedo, las autoridades coloniales españolas y las élites locales, a fin de asegurar, hasta finales del siglo XIX, el poder colonial de España en Cuba y Puerto Rico. En ello desempeñan un papel fundamental los establecidos conceptos de “civilización” y “barbarie”, así como su inversión en el caso de Haití.

Bajo el título de “Transferts culturels et légitimation postcoloniale du pouvoir – l’émergence de la presse et de la littérature haïtienne pendant le règne du Roi Christophe en Haïti”, **Hans-Jürgen Lüsebrink** se ocupa de la importancia de la prensa y la literatura en el reino haitiano de Henri Christophe. A partir de ejemplos de texto del abate Henri Grégoire, Antoine Métral y del Baron de Vastey, escritos en los años entre 1800 y 1820, el autor elucida cómo los medios impresos desempeñaron un papel central en la legitimación de la independencia de Haití. En la medida en que los autores haitianos imitaban el estilo de los informes a la corte del *Ancien Régime*, realizaron un decisivo aporte al reconocimiento internacional de las capacidades intelectuales, del “grado de civilización” y de la capacidad de autoad-

ministrarse del nuevo Estado. No sólo a través de esta apropiación creativa de los medios de representación occidentales se consiguió consolidar al Estado postcolonial su posición de poder.

La mirada hacia África empieza con el artículo “Hacer el Caribe: *La Amistad*, Ramón Ferrer y la atlantización de Cuba” de **Michael Zeuske**, quien nos muestra con su ensayo cómo la trata internacional de esclavos devino un componente importante de la globalización en el siglo XIX. En su esfuerzo por indagar en una “Criminalística del Atlántico oculto”, Zeuske nos presenta sus nuevos hallazgos de archivo en el caso espectacular del buque esclavista *Amistad*, cuyos prisioneros consiguieron vencer a la tripulación, fueron absueltos en un proceso jurídico en Estados Unidos y pudieron regresar a África. A través de la reconstrucción minuciosa que hace Zeuske de la biografía del capitán del *Amistad*, Ramón Ferrer, se puede demostrar que éste, usando el alias de Rosello, poseía otros dos barcos negreros, con los cuales emprendió a lo largo de los años, partiendo desde Cuba, numerosos transportes ilegales de esclavos. Zeuske subraya la importancia de ese precedente para el alcance de la trata de esclavos transatlántica y señala, entre otras cosas, el importante papel de los traductores criollos caribeños y de los cocineros en los buques negreros, un tema que necesitaría una historiografía aparte.

Michèle Guicharnaud-Tollis nos ofrece en su ensayo “Sur les transferts culturels d’Afrique vers les Caraïbes au XIX^e siècle: quelques espaces culturels-refuges à Cuba”, un panorama de las múltiples transferencias culturales entre África y el Caribe. Estos procesos de transferencia están estrechamente asociados al sistema de dominación colonial de la trata de esclavos a través del Atlántico; no obstante, tuvieron un carácter interactivo y recíproco, produciendo innumerables confluencias, cambios y *métissages* en las sociedades caribeñas. Guicharnaud-Tollis nos hace ver una enorme variedad de transferencias culturales de marcado acento africano en diferentes niveles como la religión, la música, la danza, las lenguas y las literaturas. Con ello nos entrega un marco de comprensión general de las nuevas culturas criollas del Caribe, las cuales, en su *histoire croisée*, han sido especificadas en otros ensayos.

La última parte se dedica a las transferencias desde y hacia Europa y las dos Américas. **Héctor Pérez Brignoli** se ocupa, en su ensayo “El Caribe y las Américas. Mundos que se mueven”, de una aproximación

teórica a los procesos de transferencias culturales dentro del mundo del Caribe. Hace justicia a las pretensiones paradigmáticas de su trabajo cuando muestra el rol del Caribe en tres aspectos. En ello desempeña también un papel la observación del término *caleidoscopio*: 1. como cruce (o encrucijada del Nuevo Mundo), 2. como microcosmos (llave del Nuevo Mundo) y 3. como límite. Pérez Brignoli demuestra estas vías de transferencia de diferentes intereses políticos y culturales entre el Caribe y el continente americano en los siglos XIX y XX. Importante en ello resulta la integración del Caribe en un concepto centroamericano.

Anja Bandau se inscribe tanto en el capítulo sobre Haití como en el de las Américas con su ensayo sobre las “Configuraciones atlánticas y modalidades de la circulación de saberes sobre la rebelión de Saint-Domingue entre 1791 y 1810: el caso de ‘Mon Odyssée’”. A partir de un ejemplo textual de la literatura testimonial, escrito por un refugiado blanco sobre los acontecimientos de la Revolución de Haití, investiga la circulación transcultural de saberes sobre Haití en el ámbito circuncaribeño y hemisférico, una circulación que tiene lugar entre Santo Domingo, Nueva Orleans, Francia y Nueva York. Trata en su ensayo de la negociación y la representación en los medios de los acontecimientos revolucionarios desde 1791 hasta 1804, y establece en qué medida el género de los relatos testimoniales garantiza una traducibilidad de los acontecimientos o regula su representación.

Markus Messling, cuyo artículo “Pluralité culturelle et description philologique: problèmes d’épistémologie” reemplaza a la contribución de Sibylle Fischer, se aproxima a este caleidoscopio colonial desde una dirección distinta: se ocupa de los problemas epistemológicos de la representación científica del Otro. El punto de partida de sus reflexiones es, en este caso, la tesis de Edward Said (1978, *Orientalism*), fundamental para la reflexión de las estructuras de los encuentros culturales, la cual ha conformado, como se sabe, el núcleo de un discurso de toma de poder intelectual por parte de Europa en la clasificación filológica de las lenguas extranjeras, los escritos y las culturas textuales, siempre según premisas eurocéntricas, algo que Said conceptualiza bajo el término de *orientalismo*. Dicha tesis le parece tanto más plausible en cuanto que el surgimiento de la filología *moderna* a comienzos del siglo XIX se basaba, no en poca medida, en materiales lingüísticos que habían llegado a Europa desde las colonias de ultra-

mar, y, por lo tanto, en su esencia, se reflejaron en los diccionarios y las gramáticas surgidas en el contexto ideológico de la misión cristianizadora. ¿Cómo entonces la observación científica de las lenguas y las culturas textuales extraeuropeas, basada en estos materiales, no iba a ser forzosa, y muy a menudo, extremadamente problemática (léase: eurocéntrica)? Markus Messling nos muestra que dicho problema no fue puesto al descubierto por primera vez por los estudios postcoloniales, sino que ocupó ya el centro de la atención de algunos observadores críticos en la fase de surgimiento de la filología. Su texto arroja una mirada a la autocritica ampliamente olvidada de esta disciplina científica europea todavía relativamente joven, sobre todo en lo concerniente al tratamiento de la herencia de materiales textuales extraeuropeos y, con ello, a las alternativas respecto de un discurso filológico hegemónico, las cuales han caído en el olvido a lo largo del dramático transcurso de la historia.

Thomas Bremer se aproxima al concepto de caleidoscopio desde distintos puntos de vista: En “Juan Francisco Manzano y su *Autobiografía de un esclavo* (Cuba, 1835/1840): La repercusión en Europa”, investiga la historia de la recepción de la única autobiografía conocida de un antiguo esclavo del Caribe español, Juan Francisco Manzano, entre las décadas del treinta y el cuarenta del siglo XIX. Para ello, Bremer ilumina los procesos de transferencia de la recepción entre Cuba, España, Inglaterra, Francia, Irlanda y Haití. Un aspecto central en este trabajo es la cuestión sobre la medida en que la literatura cubana experimentó una motivación inicial por parte de abolicionistas británicos como Richard Madden, que, en su calidad de testigos presenciales y agitadores contra la esclavitud, politizaron los discursos literarios de las islas del Caribe. A raíz de que los relatos de viajeros ingleses agravaran considerablemente los debates sobre la abolición de la esclavitud en las Coronas españolas e inglesas, en el año 1840, con la traducción de la biografía de Manzano realizada al francés por el abolicionista Victor Schœlcher, se produjo una nueva internacionalización de su recepción.

Gesine Müller muestra en “Les Caraïbes coloniales entre multirelationalité et bipolarité. Processus de transferts dans les littératures francophones et hispanophones”, cómo los estudios literarios caribeños pueden realizar un importante aporte a los estudios coloniales comparativos sobre el siglo XIX. A partir de “instantáneas literarias de

un espacio intermedio”, entresacadas de obras de Levilloux, Maynard de Queilhe, Eyma (Guadalupe, Martinica) y de Gertrudis Gómez de Avellaneda y Eugenio María de Hostos (Cuba, Puerto Rico), entre otros, la autora compara la situación de la escritura colonial de los autores ubicados entre las metrópolis y las Antillas. Los ejemplos textuales nos muestran, además, cómo se reflejan en la literatura las distintas manifestaciones del colonialismo en las islas del Caribe francés y español. Mientras que los autores franco-caribeños representaban una inequívoca referencia a la Madre Patria, lo cual demuestra una ininterrumpida fuerza de irradiación cultural de Francia, los textos de los autores hispanohablantes, por el contrario, son más multirrelacionales y menos centrífugos. Dichos textos son el síntoma de una falta de orientación debida a la pérdida del papel de liderazgo del poder colonial español y recurren más a sus vínculos intracaribeños. De este modo, las manifestaciones literarias consolidan las dinámicas políticas de su época en el sentido de un *cultural and literary entanglement*.

Para finalizar, quisiéramos dar las gracias a todos aquellos que participaron en la compilación del presente volumen. La Conferencia en la Casa de las Culturas del Mundo contó con el asesoramiento y el apoyo decisivo de Susanne Stemmler. En la preparación y la realización de la misma colaboró también el personal científico del Grupo de investigación Emmy Noether (DFG), “El Caribe transcolonial”, dirigido por Gesine Müller y adjunto a la Cátedra de Ottmar Ette del Instituto de Filología Románica de la Universidad de Potsdam: Johanna Abel, Leonie Meyer-Krentler y Pablo Valdivia. Y por su excelente y muy competente trabajo de redacción damos las gracias, muy especialmente, a Marion Schotsch.

También deseamos mostrar nuestra gratitud al Instituto Ibero-Americano/Patrimonio Cultural Prusiano de Berlín, a su directora Barbara Göbel y a Peter Birle por la acogida de este volumen dentro de la serie Bibliotheca Ibero-Americana. Damos las gracias también a Anneliese Seibt por su competente trabajo del lectorado final. Por último, queremos agradecer a la Deutsche Forschungsgemeinschaft (Fundación Alemana para la Investigación) y a su Programa Emmy Noether, sin cuyo apoyo financiero no hubiesen sido posibles la organización de la conferencia ni la publicación del presente volumen.